

BENSHOANON: EL PROCESO CURATIVO DE LA MEDICINA TRADICIONAL DEL PUEBLO INDÍGENA SHIPIBO-KONIBO

PEDRO FAVARON*

Académica independiente
Nishi Nete, Clínica de Medicina Tradicional y
Centro de Estudios Ancestrales, Ucayali, Perú

CHONON BENSHO**

Asociación de Artistas y Sabios del Pueblo
Shipibo-Konibo METSA, Ucayali, Perú



*pfavaron@yahoo.com.ar ORCID: [0000-0002-1985-1679](https://orcid.org/0000-0002-1985-1679)

**chononbensho@gmail.com ORCID: [0000-0001-8935-3846](https://orcid.org/0000-0001-8935-3846)

Artículo de reflexión recibido: 26 de junio de 2020. Aprobado: 18 de agosto de 2020.

Cómo citar este artículo:

Favaron, Pedro y Chonon Bensho. 2021. “*Benshoanon*: el proceso curativo de la medicina tradicional del pueblo indígena shipibo-konibo”. *Maguaré* 35, 1: 159-178. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v35n1.96668>

RESUMEN

El presente artículo ha sido escrito por una pareja de esposos comuneros empadronados de la comunidad nativa de Santa Clara de Yarinacocha, del pueblo shipibo-konibo, uno de los más numerosos de la Amazonía peruana, reconocido por la sabiduría de sus antiguos médicos meraya. El trabajo propone una explicación del proceso curativo de la medicina tradicional desde las propias racionalidades indígenas, sin imponer categorías eurocéntricas, y a partir de un modo de escritura académica intercultural que permite a los saberes indígenas expresarse sin perder su temperamento poético y narrativo. Plantea, asimismo, un diálogo intercultural con la medicina académica y con la sociedad moderna, para tratar de ensanchar la visión sobre el ser humano y la salud.

Palabras clave: filosofía intercultural, medicina tradicional, meraya, saberes ancestrales, shipibo-konibo.

BENSHOANON: SHIPIBO INDIGENOUS PEOPLE'S TRADITIONAL MEDICINE CURATIVE PROCESS

ABSTRACT

This article was written by a married couple registered at the native community of Santa Clara de Yarinacocha, of the Shipibo-Konibo people. The Shipibo-Konibo people are one of the more numerous indigenous groups of the Peruvian Amazonia; they are recognized for the wisdom of the Meraya, their traditional doctors. The work explains the healing process involved in traditional medicine from the standpoint of indigenous rationalities themselves, not from Eurocentric categories. Instead, it uses a mode of intercultural academic writing that allows indigenous knowledge to be expressed without losing its poetic and narrative temperament. To broaden the vision of human beings and health, this article also proposes an intercultural dialogue with academic medicine and with modern society.

Keywords: ancestral knowledges, intercultural philosophy, Meraya, Shipibo-konibo, traditional medicine.

BENSHOANON: O PROCESSO CURATIVO DA MEDICINA TRADICIONAL DOS POVOS INDÍGENAS SHIPIBO-KONIBO

RESUMO

Este artigo foi escrito por um casal de cônjuges comuneiros inscritos na comunidade nativa de Santa Clara de Yarinacocha, do povo Shipibo-Konibo, um dos mais numerosos da Amazônia peruana, reconhecido pela sabedoria de seus médicos antigos meraya. Este trabalho propõe uma explicação do processo de cura da medicina tradicional a partir das próprias racionalidades indígenas, sem impor categorias eurocêntricas, e por meio de uma escrita acadêmica intercultural que permite que o conhecimento indígena se expresse sem perder seu temperamento poético e narrativo. Também se propõe um diálogo intercultural com a medicina acadêmica e com a sociedade moderna para tentar ampliar a visão do ser humano e da saúde.

Palavras-chave: conhecimento ancestral, filosofia intercultural, medicina tradicional, meraya, shipibo-konibo.

INTRODUCCIÓN

Aunque al nacer mis padres me inscribieron en la municipalidad de Yarinacocha con el nombre occidental de Astrith Gonzales Agustín, en shipibo-konibo, que es mi lengua materna, me llamo Chonon Bensho, y significa golondrina de los campos medicinales. Soy una legítima heredera del saber de mis ancestros. Escribo este trabajo en conjunto con mi esposo, Pedro Favaron, complementándonos, como deben siempre hacer el marido y la mujer cuando piensan de forma saludable y actúan según las antiguas enseñanzas. El nombre shipibo de mi esposo es Inin Niwe, que significa viento perfumado de la medicina. Ese nombre viene de los antiguos, de los espíritus Chaikonibo, y solo lo puede llevar alguien que se ha iniciado en el conocimiento ancestral, que practica la medicina y ha completado el ascenso renovador a los mundos perfumados del Espíritu. Aunque él nació en la ciudad de Lima, ha pasado muchos años investigando y conviviendo con distintos pueblos indígenas. Desde que se casó conmigo, empezó a formar parte de mi familia. Él ahora llama padre a mi padre, abuelo a mi abuelo, madre a mi madre, tío a mis tíos. Esa es nuestra costumbre y familiaridad. Él ya no es un extranjero o un extraño, un *nawa*, según se dice en lengua shipiba, sino parte de una red afectiva de relaciones, de aquellos que procedemos de un mismo origen y vivimos juntos en el ahora, compartiendo esfuerzos, tristezas, risas y pensamientos.

Mis abuelos se han dedicado a la medicina ancestral desde tiempos muy antiguos. Su conocimiento era vasto y profundo. Tanto mi esposo como yo tenemos la suerte de habernos formado en el sistema académico moderno; pero, al mismo tiempo, hemos atravesado los procesos de iniciación en el conocimiento medicinal, siguiendo el ejemplo de los ancestros. Los médicos y sabios reciben en shipibo los nombres de *meraya* o de *onanya*. Hemos caminado por las sendas sagradas de los antiguos sabios para vincularnos con los mundos espirituales y recibir de ellos una luz de sabiduría que ilumine nuestras almas y nuestras vidas. Nuestros mayores nos han transmitido su sabiduría y, en nuestros sueños, hemos conversado con los dueños espirituales de la medicina, con los seres luminosos Chaikonibo y con los sabios inka. Ellos nos han brindado sus enseñanzas con compasión y generosidad. Cuando una mujer shipiba conoce las costumbres de sus abuelas y las sigue practicando, cuando sabe sobre las distintas plantas medicinales y con sus pies descalzos

pisa la tierra que caminaron sus padres, no es una persona perdida en el mundo, sin identidad, sin destino. No es como un fantasma *mahua yoshin*, sin relaciones ni afectos. Es una persona que sabe de dónde viene e intuye a dónde va. En sus sueños puede conversar con sus antepasados y recibir de ellos consejos para vivir de manera correcta, para ser una buena esposa, una buena madre, una mujer que se realiza en forma plena en el ámbito de lo femenino; puede así aunarse con su esposo en equilibrio, para vivir de manera legítima y promover el bienestar de su familia. Hay que saber vivir con sabiduría a pesar de la confusión y de la intranquilidad de este siglo.

Con base en nuestras propias experiencias en el trabajo con pacientes y a las enseñanzas que nos impartiera nuestro abuelo y nuestros tíos, hemos reflexionado sobre las dinámicas del proceso curativo de la medicina tradicional. No pretendemos, por lo tanto, dar conclusiones generalizadoras acerca del variado y antiguo campo de la medicina del pueblo shipibo-konibo, sino expresar los fundamentos filosóficos y éticos de nuestras propias prácticas. Debido a los cambios culturales que experimentamos, los saberes ancestrales no pueden permanecer estáticos, sino que tienen que ser flexibles y adaptarse para responder a las enfermedades de la modernidad, muchas veces causadas por la expansión de estilos de vida insanos y la dependencia de la economía mercantilista. Asimismo, nuestros saberes deben adaptarse para responder a la llegada de pacientes que provienen de otros contextos culturales y que buscan nuestra ayuda. La sabiduría medicinal de nuestros ancestros ha mostrado ser lo suficientemente flexible como para responder a los retos que nos proponen estas nuevas circunstancias y enfermedades. Los dueños de las plantas y los ancestros siguen apareciendo en nuestros sueños y en nuestras visiones para ayudar a las personas de distintas procedencias que se acercan a nosotros con humildad y ánimo de enmienda. Sin dejar de hundir nuestras raíces en los saberes ancestrales, debemos aplicar ciertas herramientas interculturales y dialógicas para lidiar con las antinomias propias de nuestro tiempo. Si así lo hacemos, la medicina ancestral será fuente de salud y claridad en medio de esta época de confusión y orfandad espiritual.

El presente artículo es parte de una propuesta más amplia de investigación y redacción que busca generar una reflexión filosófica e intercultural basada en los saberes ancestrales del pueblo shipibo-konibo

(entendiendo que lo ancestral no es una categoría cristalizada, sino dinámica e imaginal, en el sentido de que estos saberes se legitiman al ser atribuidos a los ancestros, y que los ancestros nos siguen hablando y aconsejando en nuestros sueños y visiones, para darnos respuestas renovadas y pertinentes que nos ayudan a realizar nuestras prácticas de forma plena). Para realizar una reflexión filosófica de esta naturaleza, es necesario partir de una sólida etnografía; nuestra propuesta metodológica, sin embargo, no nace desde categorías conceptuales eurocéntricas, sino desde las propias epistemologías y ontologías indígenas, para luego entablar un diálogo con la academia moderna.

Creemos necesario, además, realizar una escritura que, sin dejar de ser académica, permita la irrupción de lo poético y de la racionalidad afectiva, que son propias de las dinámicas y del temperamento del pensamiento y de la expresión de la medicina visionaria del pueblo shipibo-konibo. Proponemos, además, una redacción en la que se borra la distancia entre el testimonio y la reflexión antropológica y filosófica, que da así pie a un posible modelo de escritura pertinente para otros académicos indígenas, que no pueden escribir sobre sus propias culturas con un lenguaje objetivo, como si ellos no fueran parte de una indisoluble red de relaciones comunitarias y afectivas. Las citas bibliográficas que hemos puesto al final son parte de un marco teórico que da cuenta de nuestro conocimiento de la bibliografía existente sobre la medicina visionaria del pueblo shipibo-konibo; sin embargo, esos estudios no participan de forma directa de nuestra reflexión, ya que nosotros, en tanto herederos del saber de los antiguos médicos y sabios, trabajamos a partir de nuestras propias experiencias y racionalidades indígenas, por lo que no creemos necesario legitimar nuestra propuesta citando a autores que han trabajado desde un paradigma moderno e ilustrado.

LA RELACIÓN DEL MÉDICO TRADICIONAL CON SU PACIENTE

En este camino de servir a quienes solicitan nuestra ayuda, hemos aprendido que el destino de todo ser viviente es un asunto sagrado. No podemos intervenir en él de manera intempestiva o inopinada. Cada persona tiene lecciones que atravesar, caminos propios y condicionamientos que ha venido trazando para sí misma desde su infancia, algunos incluso heredados de las generaciones que la precedieron y de la cultura familiar en la que fue criada. La persona que enferma, de una

manera u otra, necesita de esa patología para aprender una lección fundamental acerca de la existencia y de la naturaleza humana. Cuando no queremos aprender, la vida una y otra vez nos pone por delante pruebas similares, pero cada vez más duras y dolorosas, hasta que asimilemos la enseñanza. Cada quien sabe cuándo llegó el momento de aprender y de buscar ayuda, de cortar con las cadenas que nos atan a la ilusión y al dolor. Para algunos, ese momento nunca llega, y se llevan a la tumba todo su sufrimiento, esclavitud e ignorancia. El sabio meraya no puede buscar a sus pacientes, ni publicitarse como lo hace una empresa, ya que lo suyo no es la venta de mercancías, sino que su misión es brindar la posibilidad a otro ser humano de cambiar por completo su modo de entender la vida, para que pueda renacer en el Espíritu y escapar al férreo ciclo de la enfermedad y el sufrimiento. El médico legítimo solo interviene cuando una persona le pide ayuda de forma adecuada y con humildad. Cada paciente debe expresar la intención de curarse y estar dispuesto a realizar los sacrificios necesarios para sanar.

Algunos quieren permanecer en el dolor, casi siempre por apego a lo conocido y temor al cambio, porque creen que ese sufrimiento les pertenece, que es algo así como un signo ineludible de su identidad y personalidad. Se identifican de tal manera con el dolor que no creen ser nada fuera del sufrimiento, ni piensan merecer algo mejor. No imaginan que exista para ellos la posibilidad de un respiro más libre y dilatado. La curación demanda renunciar a esos apegos y falsas identificaciones, a los hábitos insanos y a las dinámicas sufrientes del pensamiento; hay que atreverse a experimentar lo nuevo, lo desconocido, con simpleza y fe, confiando en la compasión medicinal y en la luz del Gran Espíritu. El paciente de un médico tradicional no es un agente pasivo que debe someterse a la voluntad del especialista, sino que participa de forma activa y responsable en su proceso de curación. Toda terapéutica, en términos ancestrales, demanda que el paciente se someta a un régimen de dieta; la persona debe estar decidida a cumplir con las abstinencias indispensables para purgarse, purificar su organismo y aquietar su pensamiento. El médico meraya genera las condiciones necesarias para que se restablezca la salud y pone sus conocimientos al servicio del paciente; pero es el propio paciente quien debe pedir ayuda a los espíritus dueños de las plantas medicinales y abrirse al influjo medicinal del Gran Espíritu, que es fuente de toda salud y entendimiento. Es solo consagrando la vida al Espíritu que el

ser humano puede renacer absuelto de condicionamientos, para al fin responder con libertad al llamado de la vida saludable y ligera.

Nuestro conocimiento medicinal es la herencia de los antiguos meraya, hombres y mujeres que vivían una existencia simple y cercana a los elementos primordiales de la naturaleza, ligados a los territorios amazónicos y respetando a todos los seres vivos. Según contaba nuestro abuelo Ranin Bima, los sabios inka enseñaron la medicina a nuestros ancestros para que pudieran vivir de manera legítima y supieran cómo recuperar la salud cuando transgredían los principios vitales del buen convivir. Con esa sabiduría que hemos heredado, podemos aliviar el sufrimiento de los humildes, ayudarlos a recuperar los equilibrios perdidos y enseñarles a vivir bien con el resto de seres. Los antiguos aceptaron las enseñanzas de los inka con simpleza y obediencia, ya que ellos eran personas sencillas y comprendieron que los sabios hijos del sol, les hablaban así por su bien, y no porque quisieran sacar provecho alguno de ellos. No se rebelaron con soberbia contra las buenas palabras de los inka ni sospecharon de ellas. Aunque los inka se han marchado de nuestra tierra y ya no podemos verlos con los ojos del cuerpo, sus voces siguen vivas en los mundos espirituales; para escucharlas, debemos alejarnos de los ruidos y apuros, y liberar nuestra alma visionaria. Por eso, la dieta iniciática que practican los médicos meraya para obtener conocimientos es siempre en aislamiento y silencio, y las plantas maestras nos enseñan a ver con el ojo trascendente del corazón, para que podamos recibir la fuerza y las enseñanzas de los seres espirituales.

Durante las dietas iniciáticas y curativas, nuestro cuerpo debe desaprender todos los excesos, las comidas condimentadas, los sabores fuertes, los afanes psíquicos y las agitaciones. Cuando la biología se tranquiliza y se purifica, nuestras intuiciones se refinan y el alma visionaria puede desplazarse por las geografías suprasensibles y escuchar a los dueños espirituales del conocimiento medicinal. Aprender de los dueños de la medicina es como recordar algo que desde siempre estuvo impreso en el fondo del alma. Es un saber reminiscente. Es volver a la condición humana original, al tiempo de las narraciones ancestrales, cuando todos los seres vivos podían comunicarse entre sí. Esta sabiduría no puede ser alcanzada y comprendida por personas que quieren llegar a la verdad por el uso autónomo de su razón, a la manera de los intelectuales modernos. El conocimiento de la medicina es solo para quienes

entendemos que necesitamos la ayuda compasiva del Espíritu para poder realizarnos y desplegar de manera irrestricta nuestro potencial psíquico y espiritual. La verdadera sabiduría, según la racionalidad ancestral, proviene de los antepasados y de los dueños espirituales de las plantas y de la medicina. Asimismo, también el paciente del médico tradicional ha de estar abierto al resplandor de los mundos suprasensibles y, con humildad, reconocer que necesita ayuda espiritual para enderezar sus rumbos, recobrar la salud y vivir bien, como un legítimo humano. No hay curación sin fe y sin humildad, sino que hay que saber pedir ayuda a las plantas y a los espíritus medicinales, y hay que saber despertar la compasión del Gran Espíritu.

El paciente humilde entiende que no puede continuar solo, porque todas las decisiones que en el pasado ha tomado con soberbia y rebeldía, por cuenta propia, le han traído más sufrimiento. Ha de reconocer su ignorancia sobre los principios cósmicos que garantizan el buen convivir con el resto de seres vivos y que este desconocimiento provocó sus enfermedades; por lo tanto, ha de enmendar su falta y empezar a comprender, poco a poco, la forma legítima en la que se debe comportar el ser humano, habitando la tierra de forma armónica y sin imponerse irrespetuosamente sobre los demás. Si una persona no reconoce que necesita ayuda, si no tiene fe y si no deja de lado sus resistencias a la medicina del Espíritu, su propio pensamiento negativo, lo que en shipibo se llama los *jakonma shinanbo*, bloquea el flujo curativo de los cantos medicinales y de las plantas. En esos casos, se vuelve imposible ejercer la curación. En cambio, si una persona dice con convicción “quiero curarme y necesito ayuda”, puede ser recibida con compasión por el médico. Cuando el meraya decide aceptar a un paciente, se establece entre ellos un vínculo íntimo basado en la confianza mutua y el respeto. El paciente deberá cumplir las prescripciones del médico y las abstinencias de la dieta; si incumple la dieta prescrita, sus transgresiones pueden afectar la propia salud del médico. Se trata de un asunto delicado. El médico debe evaluar bien a quién es posible tratar y a quién no, y debe cuidar de su propia integridad física.

El paciente tiene que escuchar las palabras de su médico y confiar tanto en sus conocimientos como en su ética. El meraya, gracias a la amplitud de sus capacidades perceptivas, percibirá los pensamientos del paciente y visualizará incluso los aspectos más ocultos de su personalidad. Una parte del diagnóstico se desprenderá de las conversaciones que el médico entabla

con su paciente, por lo que es conveniente que el paciente sea sincero a la hora de relatar sus enfermedades y de dar cuenta de sus transgresiones y apegos. Pero la otra parte de la diagnosis, tal vez la más importante, la realizará el médico visionario mediante sueños y visiones. Desde las primeras noches, soñará con su paciente, y los propios espíritus dueños de la medicina le darán respuestas. El diagnóstico puede ser completado mediante la toma de *ayawaska*; realizando un ejercicio trascendente de la percepción, el médico es capaz de hundirse en el cuerpo del paciente y ver el estado de su sangre y de sus órganos, el funcionamiento mismo de sus células, así como las dinámicas de su pensamiento y sus traumas. Es evidente que la aproximación del meraya a la biología y a la psique de sus pacientes no responde al método de las ciencias modernas, sino que el diagnóstico lo hace en un estado de ensueño clarividente, a partir de un ejercicio intuitivo y una hermenéutica de símbolos y visiones. El paciente estará como desnudo ante su médico, por lo que el meraya tendrá que tratar a su paciente con aprecio y respetando su vulnerabilidad.

El meraya emana respeto, pero no exige ser idolatrado o idealizado. Sabe que nada puede sin la asistencia de los mundos espirituales. El paciente respetuoso y humilde percibe la fuerza espiritual del médico, la potencia de sus pensamientos, la agudeza de sus diagnósticos y aprecia su capacidad de sacrificio por los demás. Por eso, permanece en una actitud reverente y de escucha, con humildad y valor, aceptando el diagnóstico sin discutir y con sinceridad. El médico señala a sus pacientes las transgresiones y malos hábitos que los han enfermado, sus fallas y apegos, con la intención de liberarlos. No es fácil escuchar a otros diciéndonos nuestros errores; es necesario no resistirse ni cerrarse, y tener un verdadero amor por la verdad. Los pacientes de un médico sabio lo admiran y saben que la medicina se materializa en nuestro mundo gracias a los sacrificios que el meraya ha realizado para aprender, en beneficio de los demás. Conviene al paciente ser agradecido con el médico y con la luz del Espíritu. Los sacrificios del meraya contribuyen al equilibrio cósmico y a la correcta vinculación de los mundos.

LA DIAGNOSIS VISIONARIA

La curación debe darse dentro de un vínculo de empatía y afecto. A diferencia de la medicina académica moderna, el meraya no necesita guardar una distancia objetiva para realizar el diagnóstico de su paciente. Por el

contrario, la diagnosis precisa de una vinculación subjetiva e íntima: el onanya siente en su propio cuerpo y mente aquello que experimenta el enfermo, llegando incluso a enfermarse él mismo con el mal de su protegido. Y es librándose de la enfermedad en su propio cuerpo que sabrá la manera en la que debe tratar a su paciente. El onanya experimenta los malestares físicos y mentales del paciente; si no conserva cierta indiferencia frente a ellos, puede confundirse y tomarlos como malestares propios. Si esto sucede, ya no podrá realizar un diagnóstico preciso. El corazón del médico debe estar tranquilo y sin apegos; ha de ser semejante a un estanque claro un día sin viento, un espejo de agua en el cual los males del paciente puedan reflejarse. Siente los males del paciente en su propio cuerpo y mente pero, sin identificarse con ellos, el onanya va realizando el diagnóstico.

¿Cómo confiar en un diagnóstico conseguido por un proceso intuitivo y casi telepático, cuando las intuiciones y la imaginación son, tantas veces, fuente de error y engaño? En primer lugar, las facultades perceptivas de una persona que se ha iniciado en la medicina tradicional de manera legítima, al recibir sabiduría de las propias plantas maestras, son extraordinarias. Aun así, para llegar a un diagnóstico confiable, la intuición del meraya debe estar libre de caprichos y deseos egoístas, ya que estos podrían llevarlo a malinterpretar los síntomas que siente en su cuerpo y mente, así como el simbolismo de sus sueños y visiones. Su corazón necesita dejar de lado toda preocupación; su única intención tiene que ser curar a su paciente. Se trata de un estado de completa concentración meditativa y de entrega a la salud del otro, en el que no se espera obtener ningún beneficio personal. Desde el vacío interior, el onanya deja espacio para que la medicina de los mundos espirituales pueda presentarse en nuestro mundo de la manera más perfecta posible. El onanya es solo un vehículo para que se materialice la luz regeneradora del Espíritu; ni sus palabras ni sus cantos curativos le pertenecen, sino que provienen de las plantas, de los dueños espirituales y, en última instancia, la fuerza curativa desciende desde las regiones puras y resplandecientes del Gran Espíritu, que es la fuente anímica inagotable que da vida a toda la existencia.

El meraya es un ser humano simple, sin ningún atributo externo especial; pero cuando trata con su paciente, es algo más, ya que a través de él se manifiesta la antigua herencia de los médicos de antaño. Y sus

cantos convocan a los dueños de las plantas, abren los mundos espirituales, despiertan la compasión de los ancestros y canalizan la luz regeneradora del Espíritu. Sus palabras de consejo y el ritmo curativo de sus cantos le vienen como dictados desde instancias superiores. En sus prácticas médicas, gracias a las dietas de plantas maestras y al uso del *ayawaska*, el onanya aprende que el verdadero potencial de la mente humana es el de ser una antena, capaz de captar telepáticamente las voces y símbolos de los mundos suprasensibles. A pesar de lo que afirma el positivismo, nosotros no pensamos que la conciencia se origina en los impulsos electromagnéticos del cerebro ni en la actividad de los neurotransmisores; las explicaciones de la neurociencia positivista no han de resolver nunca el enigma del ser y de la conciencia, sino que hay algo más que no alcanza a ser expresado en el lenguaje científico ni es observable por sus metodologías. El meraya puede captar los pensamientos de sus pacientes porque son vibraciones que no están encerradas en el cerebro, sino que se irradian alrededor de la persona como si, en cierta medida, vivieran también en la materialidad del aire que lo rodea. Así también, como si la mente fuera una antena, puede captar las voces de los seres espirituales.

Cuando el meraya señala los hábitos nocivos y las transgresiones de sus pacientes, no está emitiendo una opinión personal, sino que las mismas plantas medicinales hablan por su boca, para señalar al paciente aquellos comportamientos, palabras y pensamientos que no se armonizan con los mundos de la medicina. Él está seguro de lo que ha contemplado en sus sueños y visiones. Hay veces que las palabras del onanya parecerán hoscas al paciente, pero esto sucede por la propia resistencia de su enfermedad y de su ego. La enfermedad, al igual que el ego, es un parásito que se resiste a morir y puede jugar con la mente del paciente, oponiendo distintas razones intelectuales para negar la validez del diagnóstico. Muchas veces nos duele escuchar la verdad, pero es imprescindible hacerlo para poder retomar una conciencia clara y libre. En el autoengaño no hay libertad ni salud. Para empezar un proceso de curación es necesario vernos a nosotros mismos y confrontarnos con el diagnóstico del médico; al paciente le conviene reconocer sus errores, la hondura de su dolor y aceptar su responsabilidad sobre el sufrimiento que experimenta. De nada sirve pensarnos como víctimas pasivas de una injusticia cósmica. Cuanto más tiempo se demore el paciente en aceptar sus negatividades y asimilar el diagnóstico, más atrasará su proceso de curación. Cuando una persona

no es sincera consigo misma, debe entonces admitirse que la curación no será posible. El médico sabio no puede discutir con sus pacientes. La resistencia a aceptar la verdad es uno de los venenos del alma; si no admitimos nuestras equivocaciones, ningún médico nos puede curar.

LA TERAPÉUTICA DE LA MEDICINA TRADICIONAL

El tratamiento debe empezar, por lo general, purificando el cuerpo del paciente de malos aires, que en shipibo se llaman *jakonma niwebo*. Son muchas las causas que pueden llenar de malos aires nuestro cuerpo. Por ejemplo, el alimentarse de forma insana y excesiva. Las carnes pesadas y con mucha sangre y grasa se pudren en el interior y producen aires pestilentes que contaminan, incluso, nuestra sangre, envenenando el sistema circulatorio y atrofiando la comunicación intercelular, lo que puede generar enfermedades graves. También el exceso de alcohol, las drogas y los medicamentos embotan el aparato digestivo, la sangre y el entendimiento. La lujuria sexual y el tener relaciones con personas promiscuas también llenan nuestro cuerpo de vientos malolientes y abombados, que corrompen nuestro pensamiento y los rumbos de nuestra vida. Nuestros maltratos al cuerpo quedan grabados en nuestras células, en nuestros huesos y articulaciones, y en nuestra memoria genética. La persona saturada de malos aires tiene un aliento denso y desagradable. Su sangre se hace espesa, fétida y ennegrecida. En su visión, el médico puede ver la sangre envenenada del paciente como si fuese petróleo; se trata de una sangre negra, *wiso jimi*. El mismo estómago se llena de esta sangre. Toda la materia se hace grasosa. Nuestro hígado se enferma. De la biología enferma emana un olor nauseabundo, aunque el propio paciente pueda no darse cuenta. Pero al médico que vive amparado en el perfume vegetal del bosque le resulta chocante. Por eso, no es bueno que el médico pase mucho tiempo con su paciente o que duerma cerca de él. Es importante que el paciente se mantenga en soledad y silencio, respirando el aire purificador del bosque y tratando de alcanzar una quietud interior.

Los seres humanos pensamos con todo el cuerpo. La salud mental empieza en el aparato digestivo. Cuando los aires putrefactos dan vueltas por los intestinos y el estómago, nuestro pensamiento se vuelve inquieto —*tsokas*—, pesado, corrupto, sin sutileza, incapaz de estar tranquilo en el aquí y en el ahora. La pesadez del mal aire acumulado también puede

quitar al paciente su vitalidad. Hay un aire denso que incita a la pereza, que en shipibo llamamos *pashna niwe*. Por eso, el cuerpo saludable debe ser fuerte pero ligero, libre de excesos. Para purificar todas estas pestilencias, el médico dará a sus pacientes vomitivos y purgas con plantas perfumadas, que lo limpien desde la tráquea y el plexo solar, hasta el colon. También con los cantos medicinales el meraya puede expulsar estos malos aires del cuerpo. El canto legítimo tiene la capacidad de apelar metafóricamente a una escoba, *matsoti*, para ejecutar la limpieza física, que se va haciendo cada vez más profunda, entrando en capas cada vez más hondas de la biología del paciente, *yora shama*. Se trata de alcanzar la hondura más íntima de los órganos con el aliento perfumado del canto medicinal. También se hace bañar al paciente con plantas perfumadas, cuyo aroma se impregnará en su carne y penetrará hasta su interior. Los mismos órganos tienen que perfumarse con las esencias aromáticas de los vegetales. Se trata de expulsar toda inmundicia por dentro y por fuera del cuerpo. Los ayunos y la dieta, al sosegar el cuerpo y evitar cualquier exceso interno, ayudan a que las plantas ejerzan su acción medicinal de forma óptima. Sin dieta y ayuno no hay curación, ya que la acción benéfica de la planta se combina con la propia capacidad regenerativa del cuerpo que ayuna. Se trata de dejar espacio libre para que la medicina pueda actuar con sutileza. El paciente que dieta permanece quieto y sin hacer nada, para permitir que las plantas medicinales y los cantos hagan su labor curativa y regeneradora. En tanto se va limpiando el cuerpo, la mente poco a poco abandona la inquietud y se serena, para que el paciente pueda pensar su vida desde un espacio de tranquilidad. En sus sueños, los propios dueños espirituales de las plantas le mostrarán todas aquellas conductas impropias que lo han enfermado.

En muchos pacientes, sobre todo cuando provienen de entornos urbanos, los diferentes apegos al mundo sensible son también fuente de malestar. Afanarse por fama y riqueza causa inquietud y satura nuestros pensamientos. También el odio, el egoísmo, la envidia, los deseos excesivos, la rabia y el resentimiento enferman a los seres humanos, los carcomen por dentro, y son contrarios al resplandor medicinal. Cuando albergamos estos sentimientos en el corazón, las medicinas vegetales no penetran del todo en nosotros, porque los apegos psíquicos causan una resistencia a la acción benéfica del canto y de las plantas. Es como si tuviéramos el corazón acorazado, insensible, cerrado, incapaz de

entablar una comunicación con los espíritus de las plantas. En la dieta de curación, lo mejor es no pensar demasiado y permanecer en un estado de inocencia y apertura. La persona que quiere sanarse debe pedir a los dueños de la medicina que le brinden salud; ellos, compasivos, darán su fuerza y sabiduría a quien sea humilde. No debe menospreciarse como mera superstición la capacidad del ser humano de entablar un diálogo íntimo con las substancias vegetales y con los espíritus de la medicina; tampoco, la posibilidad de que estos puedan reaccionar de forma positiva y activa a los pedidos de ayuda que les dirigimos.

En el aspecto espiritual, las plantas pueden ayudar a una persona asediada por la envidia de otros y por la brujería, una práctica mucho más común de lo que la sociedad contemporánea parece estar dispuesta a aceptar de forma pública. Hay personas entrenadas para dañar a otros seres humanos gracias al desarrollo de habilidades psíquicas ligadas a la ira, la envidia y el resentimiento. La brujería no es solo común entre los pueblos indígenas, sino que también tiene lugar en las mismas ciudades modernas. Las plantas nos ayudan a sacar del cuerpo y de la mente el influjo que ejerce la brujería. Pero el conocimiento de las plantas también puede ser distorsionado para realizar el mal y depredar a los demás. El médico legítimo nunca daña a otros con sus conocimientos, sino que se consagra a ayudar a los que sufren. La medicina de las plantas viene del sol, de la tierra, del aire, del agua, de las estrellas, de la luna y de la humedad de la madrugada. Es la fuerza que Dios, Nete Ibo, ha insuflado en la naturaleza y que se materializa de forma particular en cada vegetal. El paciente debe orar al Gran Espíritu, al Padre de todo lo existente, para que le done un nuevo pensamiento, un nuevo corazón, y brinde paz a su alma. Si somos humildes y oramos con sencillez, la sabiduría del Espíritu brillará en nuestro corazón. La humildad y la paz interior son llaves que abren las puertas de la curación y de la sabiduría. Lejos del Espíritu, somos tristes sombras opacas. El tratamiento debe también estar acompañado por una palabra de guía y de consejo del meraya, que le permita al paciente retomar relaciones más armónicas con sus parientes, con su círculo de afectos, así como con la tierra y con los mundos espirituales. El paciente, lejos de otros seres humanos y con austeros alimentos, tal vez en el silencio llegue a escuchar la voz del Espíritu y pueda aliarse a ella para rejuvenecer. Aunque estos dichos parecerán disparate e infundada fantasía a la soberbia materialista de las ciencias

positivistas, son verdades legadas por los antiguos meraya que han demostrado ser efectivas en el tratamiento de diversas enfermedades. Nuestro abuelo Ranin Bima insistió en enseñarnos que nunca debemos olvidar que, en última instancia, es Dios quien cura a los pacientes.

CONCLUSIÓN: HACIA UN DIÁLOGO INTERCULTURAL

Mientras la medicina moderna ha erradicado casi por completo la importancia de la espiritualidad para la curación de los pacientes, esta es un aspecto fundamental de nuestras concepciones curativas. Quienes practicamos la medicina visionaria e indígena sabemos con certeza que existen dimensiones existenciales que, aunque no son percibidas por nuestros cinco sentidos biológicos, son determinantes para la vida humana. Nuestra biología no es una mera mecánica, ni tampoco cabe entenderla como reacciones químicas sin vínculos con la profundidad del ser. Nosotros sabemos que muchas enfermedades físicas surgen de un desajuste psíquico o espiritual. El cuerpo, la psique y el alma son realidades constituyentes de la persona y no pueden pensarse como completamente separadas. La curación de un paciente se debe ejercer sobre estos tres niveles de manera integral, de tal forma que se procure un cierto equilibrio rítmico, una relación complementaria y fluida, entre todos los aspectos de la existencia. Lejos de un modelo mecanicista, nosotros partimos desde una ontología integral de la salud y buscamos las causas profundas de las enfermedades. Mientras en la medicina académica, por lo general, el médico hace su diagnóstico y su prescripción a partir de los síntomas, nosotros procuramos ir al origen suprasensible de la enfermedad, a las causas más profundas, las que muchas veces no pueden ser medidas ni detectadas por los aparatos de laboratorio.

Resultaría un despropósito cuestionar los evidentes y muchos logros del modelo científico y de la medicina moderna. En ciertos niveles, como por ejemplo el quirúrgico, es innegable que el conocimiento científico es insuperable; de la misma manera, la tecnología médica permite intervenir en casos de urgencia ante los que nuestra tradición familiar no tiene ninguna capacidad de acción. No pretendemos, por ningún motivo, plantear que los médicos visionarios de los pueblos indígenas están capacitados para tratar todo tipo de enfermedad o que tenemos un conocimiento superior al del campo académico. Sin embargo, no conviene a la medicina moderna encerrarse en el

mecanicismo decimonónico, ni cegarse a la posibilidad de que existan métodos ancestrales de diagnóstico y terapéutica que, aunque son diferentes a las lógicas paradigmáticas del positivismo, han demostrado tener efectos benéficos en muchos pacientes, desde hace siglos, por lo menos. Un diálogo intercultural, en términos de respeto, guiados por un sincero amor a la verdad y sin apegarse con necedad y orgullo excluyente de determinadas concepciones, puede mostrar los puntos ciegos de la modernidad ilustrada. Hay aspectos de la cosmovisión moderna que podrían ser replanteados para entender la salud desde una perspectiva más profunda, inclusiva y relacional.

Cuando la medicina se centra en atacar los síntomas y no va a las causas de las enfermedades con un enfoque holístico e integrado, está equivocando el camino de la sanación, tomando por raíz lo que es solo un brote. Lo que suele generarse así es la cronicidad de la enfermedad y la dependencia del comercio farmacéutico. Si atacamos solo el síntoma, la enfermedad persistirá y encontrará otros modos de manifestarse. Es solo yendo a la causa profunda de la enfermedad que puede hablarse de curación. Para eso es necesario admitir que la materia mantiene vínculos con otros niveles de vibración y de conciencia. Hemos visto muchos casos de personas aquejadas por males ante los cuales la ciencia médica moderna no encontraba solución y solo brindaba tratamientos paliativos altamente intoxicantes, de muy alto coste en términos económicos, que han sido tratados con éxito por las técnicas curativas y ancestrales de los médicos onanya. Cuando se nos dice que la ciencia moderna ha realizado un progreso radical con respecto a las prácticas médicas de otras culturas, nosotros nos permitimos relativizar esta afirmación, considerándola pertinente para ciertas áreas, pero no para la compleja totalidad de la salud humana. Creemos que nuestro saber tiene un aporte impostergable.

La posibilidad de un diálogo intercultural entre distintas tradiciones médicas se suele ver truncada por la soberbia convicción acerca de la superioridad de los métodos científicos. Solo la humildad es capaz de tender puentes y de establecer intercambios respetuosos. El límite fundamental que ha de ser superado por la modernidad es el paradigma materialista. La realidad visible es solo la superficie de una realidad vibratoria mucho más amplia y múltiple. Las diferencias lingüísticas entre la expresión rigurosa y fría del científicismo y el imaginario poético de la medicina

tradicional, no han de ser impedimento para un intercambio enriquecedor, siempre y cuando el método científico no pretenda imponer sus propias lógicas de enunciación y argumentación. En tanto el manejo de los distintos métodos y lenguajes de conocimiento es tarea de la filosofía, una antropología filosófica tiene el potencial de articular las diferencias ontológicas, epistémicas y lingüísticas entre la medicina académica y la indígena para posibilitar el diálogo. La filosofía intercultural, con una honda base etnográfica, puede traducir de ida y vuelta los conocimientos indígenas y los científicos para propiciar un encuentro que repercuta de forma positiva en los diferentes campos del saber y de la salud.

Ningún pensamiento o actividad es independiente de sus condiciones de producción y, específicamente, de los intereses económicos que lo sustentan. En el caso de la ciencia médica, es un asunto bastante sabido que buena parte del financiamiento para investigación que llega a los departamentos académicos proviene de la industria farmacéutica. Esto ha condicionado, en gran medida, las premisas paradigmáticas desde las que se realiza la investigación médica y buena parte de la pedagogía hegemónica también. Pensar el método científico como desligado por completo de quienes producen la ciencia, de sus afectos, de sus premisas idiosincráticas, de sus orientaciones políticas y de sus intereses económicos resulta, para decirlo con suavidad, una completa ingenuidad. Lo que nosotros experimentamos, al interior de los distintos campos académicos, es un permanente debate de ideas y teorías, e incluso de pugnas por el poder. Todas las personas que hacemos investigación seria e independiente, tratando de proponer alternativas frente a las metodologías, discursos y teorías consagradas, sabemos que, por lo general, los ámbitos universitarios son profundamente conservadores. Los antiguos paradigmas suelen resistirse férreamente a dejar espacio a nuevas posibilidades del pensamiento, tal como afirmara Thomas Kuhn. Y también sabemos que existen mecanismos internos de las academias (como becas y otras formas de financiamiento y legitimación) que suelen visibilizar aquellos trabajos que se pliegan a los giros lingüísticos dominantes, mientras las visiones alternativas suelen ser bastante relegadas, silenciadas o reprimidas.

Quienes trabajamos en la medicina desde un paradigma distinto al del mecanicismo entendemos que la salud humana no puede ser enfocada como si se tratara meramente de reacciones químicas y eléctricas, sino que el

cuerpo resulta inseparable de la psique, del afecto, de las relaciones que establecemos con otros seres humanos y con el resto de seres vivos e, incluso, de aspectos más sutiles. Si entendemos al ser humano como parte de la naturaleza, reconocemos que quienes se encierran en entornos urbanos, con agendas apretadas, y se someten a una constante aceleración y tensión emocional descuidan los profundos requerimientos de su ser genuino. El ser humano necesita quietarse, acompasar su pulso con el de la tierra, armonizar su respiración con las plantas, comulgar con el resto de seres vivos y, asimismo, con algo trascendente. No importa si es adentrándonos en el mar, en la sombra verde de los bosques, en un lago o en una montaña, la salud integral de la humanidad nos demanda acercarnos a la naturaleza y recordar en ella la presencia del Espíritu. Aquellas sensibilidades incapaces de alzarse sobre sí mismas y sus límites egoicos y neuróticos ignoran que comparten un mismo aliento vital y creativo con todos los seres vivos. Somos parte de una fina red de relaciones afectivas que nos vincula a una totalidad trascendente. Si desconocemos este origen común que nos emparenta con los árboles y con los ríos, con las estrellas y con las aves, no solo destruimos la vida de los otros (a la manera del extractivismo moderno), sino que nos enfermamos a nosotros mismos. Es por ese descuido de nuestro ser genuino que la vida urbana genera todo tipo de patologías sociales. Y para religarnos con esta esencia primordial de la vida, el lenguaje frío, técnico y positivista no nos brindará ninguna ayuda; más conveniente resultará, entonces, dejar espacio a una racionalidad poética que pueda sentirse parte de la totalidad.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

- Arévalo, Guillermo. 1994. *Medicina indígena. Las plantas medicinales y su beneficio en la salud*. Lima: Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana (Aidesep).
- Cárdenas Timoteo, Clara. 1989. *Los Unaya y su mundo: aproximaciones al sistema médico de los shipibo-conibo del río Ucayali*. Lima: Instituto Indigenista Peruano; Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (Caaap).
- Caruso, Giuseppe. 2005. *Onaya Shipibo-Conibo: el sistema médico tradicional y los desafíos de la modernidad*. Quito: Ediciones Abya-Yala.

- Favaron, Pedro. 2017. *Las visiones y los mundos: sendas visionarias de la Amazonía occidental*. Lima: Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (Caaap).
- Kuhn, Thomas. 2007. *La estructura de las revoluciones científicas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Mabit, Jaques. 2018. “Chakaruna. Un encuentro vital entre la tradición andino-amazónica y la occidental”. Entrevista. *Unay Runa, Revista de Ciencias Sociales* 9: 187-213. https://takiwasi.com/docs/arti_esp/chakaruna.pdf
- Tournon, Jaques. 2002. *La merma mágica. Vida e historia de los Shipibo-Conibo del Ucayali*. Lima: Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (Caaap).
- Tuhiwai Smith, Linda. 2017. *A descolonizar las metodologías: investigación y pueblos indígenas*. Navarra: Txalaparta.
- Valera Rojas, Agustina y Pilar Valenzuela Bismarck. 2005. *Koshi shinaya ainbo: el testimonio de una mujer shipiba*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.